

3h

BRADBURY HABLA

MUY CERCA
DE LA CAVERNA.
MUY LEJOS
DE LAS ESTRELLAS

P 107 a 110



Rackham, todos alerta y esperando fluir desde mi retina hacia mis brazos para salirme a chorros por la punta de los dedos. Yo era una masa ingente de deleites intercambiables, cosechados de dos decenas de ciencias del arte y afines. Había devorado circos y había vomitado ferias. Una de ellas era el show de la sombras shakesperianas de Melville y sus metáforas de haiku.

Me había lanzado de cabeza en el libro, dije, me había sumergido por completo en él, y ahora escuchaba el diagrama de flujo de criaturas que andaban por todo el mundo. Había oído las salomas de un loco y, finalmente, las aguas revueltas por las aletas de Moby Dick dando todo lo que podían dar: fuegos fantasmales, tormentas espectrales y huracanes que crucificaban a los hombres contra las sogas de las gavias para desteñir sus almas.

Aceptar el toma y daca de un símbolo, o hacerse a un lado, reí.

En medio de este fárrago, jugué al ahogado que va a la deriva, al alma de miembros flojos que absorbía como una esponja cada una de las oleadas repletas de lo británico, día tras día, hasta que, empapado, llegué a los tumbos a la costa para garabatear mensajes en la arena, hasta que algunos lograron permanecer como imágenes que pudieran recibir el nombre de guión.

Esteee... un toma y daca de algunas exclamaciones de cháchara y protestas ante el senado. Todo el truco, concluí de manera poco convincente, avergonzado de mi discurso, pero siguiendo adelante, era que uno simulara distracción mientras se hundía por tercera vez.

¿Tenía algún sentido todo eso que había dicho?

Russell, zarandeado por mi rimbombancia, me aseguro que sí.

Envalentonado por el lord, proseguí mi delirio.

Qué diferentes que eran mis métodos de los pesados ataques industriales de Hollywood, cuando Huston trató de desollar a la Gran Criatura por medio de repetidos golpes

hasta que la bestia no sólo estuvo muerta sino también enterrada por intelectos ineficaces.

Era más que reciente el recuerdo de Huston caminando para adelante y para atrás por la recepción del Royal Hibernian a última hora de la tarde, tratando penosamente de "resolver" a Melville mientras yo rechinaba los dientes y me golpeaba la calva lleno de desesperación, e intentaba alimentar por la fuerza a los problemas para hacer salir adelante a los golpes a las soluciones. Tuve que enseñarle a John a dejar las cosas en paz, apartarse cuando uno tiene la cabeza metida adentro de los Chorros del Espectro, del pánico de las tres de la mañana, de los doblones de oro españoles y de Queequeg arrojando los huesos, dejándole lugar a la mente secreta para que mueva su pelvis y a los pulmones secretos para que respiren —si no, prolongamos nuestra faena para dar a luz anguilas no eléctricas que nacen muertas.

Huston no se convencía de ello, ya que casi toda su vida se había dado de bruces con el infierno por los guiones no muy dispuestos a cooperar. Hacía mucho que había olvidado que *El halcón maltés* se había resuelto solo, por ser una novela en forma de guión que podía rodarse usando el consejo que más tarde refirió Peckinpah: "¡jarrancar las páginas del libro y meterlas en la cámara!". Ése había sido el comportamiento de Huston, sanguinario en dientes y garras, cuando los guiones se habían resistido a sus intentos de hacerlos avanzar. Mi vida le había dado siempre la espalda a los problemas, alejándome de ellos para que se alimentaran con sus propios saberes, y dejando que el problema mismo pidiera de rodillas su solución. En un Hollywood acostumbrado a las peleas de box y de lucha y al desamorado asunto amoroso que habían sido desde siempre y todavía eran tantos guiones, rara vez se habían encontrado dos formas más diferentes de creación. Los principales estudios, y sus mecánicos, sabían aceitar robots pero se quedaban dando vueltas perplejos ante los nacimientos de seres vivos. No podían ajustar las tuercas y tornillos de cascajos viejos, sino sola-

mente de veloces autos deportivos. Por ser un escritor con más de trescientos cuentos a mis espaldas, yo sabía que la rapidez lo era todo. Hacer correr la idea a trescientos kilómetros por hora, agregar ruedas, y por último parabrisas, puertas y paragolpes.

Los productores de Hollywood, y con ellos sus directores, creían que se podían ganar discusiones sobre guiones a golpes de ariete. Yo ya había descubierto hacía mucho tiempo que (¡cambiemos de metáfora!) tenía que saltar de los acantilados con un sueño magnífico y sólido, fabricarme alas en medio de la caída. Era la pasión, y no el intelecto, la que ganaba la partida. Los productores y sus amigos directores medio ciegos creían que con ser lo que ellos consideraban intelectual, uno podía sumar sumas e igualar igualdades. Yo sabía que estaban forjando a martillazos Hombres de Hojalata que tal vez pudieran cantar, pero que siempre carecerían de corazón.

Huston se negó a intentar nada por el estilo, y en medio de un deambular sin brújula, Moby se quedó atascada en un estrecho sin viento, y John y yo nos quedamos en calma chicha y silenciosos a fines de diciembre de 1953.

Incapaces de resolver una importante escena en las aguas quietas, John y yo le pedimos a Peter Viertel —quien estaba trabajando en un intimidante rompecabezas parecido a éste llamado *El hombre que sería rey*— que se reuniera con nosotros durante tres días de infructuosa rumiación. Rumiaciones, no pude evitar sentirlo, pedidas prestadas a tres burros. Finalmente, luego de tres días de correr en el vacío intelectual, me rebelé.

—¡Ustedes, muchachos, quédense acá parloteando! —grité—. ¡Yo me vuelvo al hotel! Esta medianoche, los tres tenemos que poner una libreta debajo de la almohada. A lo largo de la noche, uno de nosotros se despertará con la solución intuitiva de esta crisis aparentemente imposible de resolver.

—¡Ja ja! —clamaron Huston y Viertel.

—¡No se rían! —grité yo—. ¡No duden, vayan y háganlo!

Ellos se mataron de risa, pero yo me fui con paso firme, me dirigí al hotel, puse una libreta bajo mi cama, coloqué un lápiz, y esperé durmiendo que mi aljibe oculto llenara el balde.

La mañana siguiente, a las seis, sonó mi teléfono. Era Huston, a los gritos, parecía, desde la habitación de al lado. Incrédulo, de todas maneras había puesto una libreta y un lápiz bajo su almohada, ¡y acababa de despertarse en un arrebato enardecido de pura revelación!

—¡Óigame! —gritó. Lo escuché y grité:

—¡Sí! ¡Ahí ve! ¡Hijo de puta, nunca vuelva a dudar de mí!

Desde ese momento, el hijo de puta, habiendo percibido la lección que yo le había dado a su dispositivo de combustión, con el fin de instruirlo a él mismo, rara vez volvió a discutir conmigo. John dejó de dar sus incesantes caminatas sobre la alfombra del hotel, y dejó que yo me durmiera siestas histéricas que resolvieron los problemas cuarenta veces más rápido de lo que cualquier borrascosa tormenta de ideas logró jamás.

Por haber aprendido algo acerca de la pasión, nunca dijo nada de que yo le hubiera dicho hijo de puta.

Y le dije eso al lord.

No hace falta decirlo, se nos fue la velada. Cada tanto, volvía a mandar a Lord Russell a su invernadero para enterarme de adónde había encontrado sus ideas más sobresalientes, mientras me tomaba otra tetera más de té recargado de leche y azúcar, y bastante pronto se hizo la hora de los taxis y los trenes y de tenderle a Lord Russell uno de sus libros de ensayos, con la esperanza de que me escribiera una inusitada máxima en la portada. Con una mano pequeña y meticulosa, simplemente puso esta dedicatoria: "*Para Ray Bradbury, Russell, 11 de abril de 1954*".

En la puerta, le dije buenas noches a la señora tejedora, quien me echó su mirada "recuerde: no más ingenuidad" y se siguió ocupando de sus hilos mientras llegaba el

taxi y mientras Lord Russell, tratándome aún más como al tipo de cabeza de lata pero bastante simpático que yo siempre había tenido la esperanza de ser, bajaba conmigo los escalones de la puerta de entrada y me saludaba con la mano cuando yo me perdía en la noche.

En el tren que volvía a toda velocidad a Londres, maldije todo lo que había osado decir, igual que en esas noches en las que, tras haber acompañado a su casa a una joven luego de una película barata, había dudado en su puerta y había dado media vuelta y me había marchado sin haber hecho otra cosa que darle un apretón de manos, apretarle los pechos o besarle la nariz, y luego, profiriendo insultos por dentro, maldiciendo la falta de tripas de mi voluntad, había caminado a casa, solo, siempre solo, taciturno y miserable.

Lord Russell y yo no volvimos a encontrarnos. Su firma, severa y carente de halagos, todavía habita en mi biblioteca junto a sus dos volúmenes de relatos científicos y fantásticos, que nunca han sido reeditados o recordados. Su solemne sonrisa atraviesa los años, junto con la muda mirada de Lady Russell amonestándome por mi comportamiento.

Y así es como nos comportamos de una edad a la siguiente, de los treinta a los cuarenta, de los cuarenta a los cincuenta, en sucesión, como las cámaras del *Nautilus* que va sellando una para pasar a otra y a otra más, dejando atrás una arrogancia sólo para adoptar otra gemela, ciegos ante los nuevos bultos de grasa alrededor de las orejas, hasta que el tiempo nos permite echar una fugaz mirada retrospectiva hacia la celda abandonada, para ver un ego recocinado que balbucea en una aparente inteligencia, mientras los amigos hacen gestos con los ojos y ordenan bebidas.

—¡No seamos demasiado ingenuos, por favor!

He intentado comportarme. Pero incluso al escribir esto, suprimir mi ingenuidad es otro acto de orgullo más, del que mi fantasma confesor es Lady Russell.

✦
Más, mucho más, por Corwin
(1999)

En 1939 oí una voz que aullaba más o menos una o dos decenas de veces a través del milagro oculto de una cosa llamada radio, que por entonces tenía unos pocos años de edad.

Dios mío, pensé, a los diecinueve años: ¿qué era *eso*?

Esperé ansiosamente oír el nombre del Señor de todo el Espacio Invisible.

Norman Corwin.

Un nuevo nombre para un nuevo espacio en una nueva época.

Al igual que la mayor parte de los volcanes, Norman Corwin hizo erupción al nivel del mar y se elevó hasta la cumbre del monte Everest en unos pocos años.

Así como Shakespearé y Walt Whitman nos enseñaron el amor por las palabras que nos golpean en los oídos, del mismo modo Corwin hacía resonar nuestros tímpanos, para instalarse en nuestras imaginaciones.

Con sus fustas etéreas nos arriaba a la biblioteca, en donde, puesto que no teníamos fondos, tomábamos prestadas sus ideas, fantasías y su elevada comprensión de distintos temas.

Si ustedes preguntaran qué significa literalmente el término "*broadcast*" ("transmisión radial o televisiva"), pocos oyentes de Estados Unidos podrían haberles dado la